... Teoría de la educación. Guión número 4. Trabajo y educación. Trabajo y educación. Vamos a tratar en esta emisión de las relaciones existentes entre el trabajo y la educación. El tema es amplio, complejo y susceptible de multitud de enfoques. Por eso, me parece muy oportuno que nos acompañemos en este programa.

que sean ustedes con sus preguntas quienes marquen la dirección por donde deba discurrir el tema que hoy nos ocupa. Dejo abierto pues el diálogo. ¿Quién formula la primera cuestión? Yo. Perdón, profesor, mi pregunta es corta pero creo que de gran interés. ¿A lo largo de la historia se ha considerado siempre el trabajo como un mal inevitable o por el contrario han existido pueblos que no le han interpretado de forma tan negativa? Yo diría que ambas cosas. Me explico. La maldición bíblica de ganarás el pan con el sudor de tu frente probablemente colaboró en una gran dosis a que se considerara el trabajo como un castigo y por lo tanto como algo odioso en sí mismo. Pero a mí se me ocurre que a este motivo se le podría sumar el hecho de que la tendencia natural del hombre no se dirige precisamente hacia el esclavo. ¿Qué es lo que se puede decir de la tendencia natural del hombre? El esfuerzo duro y costoso de la vida laboral. Sea como fuere, la realidad es que el trabajo ha sido

considerado durante mucho tiempo como una actividad menos digna y, por supuesto, impropio de la nobleza o de los hombres libres. Sin duda alguna, aquí radica una de las explicaciones al hecho de que durante largos siglos la humanidad haya trabajado lo menos posible. Y un ejemplo claro de lo que digo es la sociedad esclavista griega o romana, o si ustedes quieren, la manera de interpretar la vida por parte de una gran masa de nuestra sociedad actual. Luego, ¿no ha existido también una interpretación positiva del trabajo? Efectivamente. Y me atrevería a decir que desde hace muy pocos años es la opinión más generalizada. Y ello hasta tal punto que se llega a criticar como holgazanería la existencia de las pocas personas que, por privilegios del destino, pueden y, de hecho, viven sin trabajar. En estos últimos tiempos ha ido consolidándose poco a poco una actitud muy distinta hacia el trabajo.

Y no han faltado pensadores que han llegado a denunciar, asómbrense ustedes, la manía de algunos de trabajar por trabajar. Incluso no han faltado sociólogos y estudiosos de la psicología que han mantenido categóricamente que la cesación forzosa del trabajo creaba sentimientos de frustración y de infelicidad. Pero entonces, profesor, ¿quiénes están más en lo cierto? ¿Los que opinan que el trabajo es un castigo o los que por el contrario piensan que es el mayor de los bienes? Es indudable que trabajar por el mero hecho de trabajar no creo que le guste a nadie. Pero lo que es igualmente evidente es el hecho de que con el trabajo se consiguen bienes de todo tipo. Y con la esperanza de conseguirlos, el trabajo ya no es considerado de una forma tan negativa. Me parece importante, para esclarecer estas ideas y contestar con ello a su pregunta, señorita, resaltar la doble vertiente del trabajo humano en función del producto de dicho trabajo. En primer lugar...

y suele ser lo más normal, una persona puede realizar un trabajo en el que, prescindiendo de que le guste o no le guste, se le retribuye con una cantidad de dinero. Posteriormente, con dicho dinero, satisfará sus necesidades. En este caso, si no le gusta el trabajo concreto que realiza, es muy probable que nuestro hombre en cuestión se sienta más inclinado a considerar el trabajo como una carga, aunque por otro lado, inevitable. Pero también puede ocurrir que el fruto del trabajo se reciba como recompensa y se disfrute directamente. En

este caso, al ser más difícil separar el trabajo de la obra conseguida, no se le considerará tan costoso ni tan negativo. Es el caso de un artista ante su obra acabada, o por qué no, de una madre ante su hijo que acaba de nacer. Sí, estoy de acuerdo, profesor. Pero entonces creo que sería necesario hacer algunas divisiones, o mejor dicho, clasificaciones, de los distintos tipos de trabajo. Sí, claro.

y de la finalidad de los mismos. Ajá, me parece muy acertada su observación. Y me alegra que me conceda con su pregunta la oportunidad de matizar algo más la distinción que acabo de señalar. Pero no pretendo ser yo solo el que desenrede la madeja. Por lo tanto, escuchen bien y, para comenzar, díganme si están de acuerdo con esta definición de trabajo. Trabajo es aquello que el hombre hace para poder subsistir. Sí, sí, sí, profesor, yo sí estoy de acuerdo. Por mi parte también, pues es evidente que el hombre debe trabajar para conseguir los bienes materiales que son necesarios para la propia subsistencia. Pues bien, yo debo decirles que no estoy de acuerdo del todo, o mejor expresado, no estoy de acuerdo con todo. Me explico. Es cierto que el esfuerzo empleado para la obtención de los bienes materiales para sobrevivir es un trabajo. Eso nadie se atreverá a ponerlo en duda. Pero lo que ya no resulta tan claro es la afirmación de que

de que solamente se puede llamar trabajo a la actividad encaminada a la consecución de bienes materiales de consumo. En este último caso, se estaría identificando el trabajo con el esfuerzo humano destinado únicamente a la producción de riquezas. Y una cosa es subsistir y otra bien distinta, subsistir como hombres. Y creo que no habrá nadie que sostenga que el subsistir como hombres no cueste ningún trabajo. Sí, entiendo bien lo que usted quiere decir, pero con todo, me gustaría que desarrollara algo más, si es posible con algún ejemplo, esta misma idea. También a mí me gustaría saber exactamente qué es lo que usted entiende por subsistir como hombres. Según lo dicho hasta el momento, y antes de mezclar dos temas diferentes, quiero que quede bien claro que no sólo se trabaja cuando la actitud humana se dirige hacia la consecución de bienes de consumo. También supone que la actitud humana se dirige hacia la construcción de bienes de consumo. Y supone un trabajo, sin duda, más arduo y más difícil.

el esfuerzo por conseguir personalmente o ayudar a que otros consigan una serie de cualidades y valores personales que nada tienen que ver con los bienes materiales. Yo, por mi parte, estoy de acuerdo con lo que acaba de exponer. Pues bien, hecha esta aclaración, paso ya a exponer lo que yo entiendo por una subsistencia humana. Para proceder con claridad y aún arriesgándome a pecar de cierta ingenuidad, voy a comenzar desde el principio. Resulta evidente que la existencia de un hombre no se parece en nada a la existencia de una piedra, por ejemplo. Pues la única finalidad de la piedra, apropiándonos de la terminología existencialista, se agota en un simple estar ahí, pasivo e inerte. Sin embargo, la analogía entre la existencia animal, sobre todo tratándose de los animales superiores, y la existencia humana, parece inútil. Y la verdad es que, por el contrario, más clara. El hecho de tener el hombre unas necesidades fisiológicas,

o, si se quiere, una contextura anatómica tan semejante a la del animal, puede dar perfectamente pie a considerar dicha afirmación como válida. Pero tampoco es exacto afirmar que la existencia del animal y la del hombre sean idénticas. Ni siquiera en la satisfacción de las necesidades comunes a ambos. Luego, ¿el hombre, profesor, no es primero animal y después racional? Para ser exactos, yo le diría que no. No. El hombre es

un todo inseparable en el que la animalidad se ve como impregnada íntimamente por la racionalidad y viceversa. Y por esta razón debemos calificar de humanos a cada uno de los actos del hombre. Desde los más sencillos, destinados a la satisfacción de necesidades biológicas, hasta aquellos otros en los que aparece con más claridad la dotación intelectual. Según eso, habría que admitir que el hombre no tiene instintos, y yo siempre he oído decir lo contrario. Pues debo confesarle que mi opinión...

El hombre, considerado como tal, no tiene instintos puros. Y esta no es una afirmación que yo mantenga gratuitamente. Biólogos eminentes nos hacen ver que cuando la conducta humana suele ser más instintiva, es precisamente en los primeros años del niño, en los que, por curiosa coincidencia, la racionalidad no juega prácticamente ningún papel. Luego, ¿no existen instintos humanos? En mi opinión, habría que responder que no. Cuando el hombre se encuentra en pleno uso de todas sus facultades, de hecho, nunca actúa de una manera puramente instintiva. La racionalidad impregna y colorea todas sus acciones. Es más, me atrevería a decir, parafraseando un famoso relato mitológico, que el hombre humaniza todo lo que toca, de tal forma que incluso las acciones más elementales, y por ello más en similitud con las del animal, como son las relacionadas con la alimentación,

la vivienda o el vestido, no tienen apenas parecido con las del animal. La naturaleza quizás haga sentir tanto al hombre como al animal una serie de necesidades comunes, pero la gran diferencia está en que la misma naturaleza ha proporcionado al animal, mediante los instintos, la forma concreta de satisfacer dichas necesidades, y sin embargo, el hombre debe ingeniárselas para sobrevivir. En otras palabras, el animal tiene su vida perfectamente programada en su dotación instintiva, y el hombre no la tiene. Profesor, eso me recuerda a una frase de Ortega y Gasset que decía, más o menos, que al hombre le había sido dada su vida, pero que se la habían dado sin hacer. Preciosa reflexión de un gran filósofo, a la vista de los estudios comparativos entre la biología humana y la animal a la que me acabo de referir. Pero, por asociación de... ...de ideas, y sin salirnos del mundo.

o de los pensadores, me hace usted recordar en este mismo sentido la expresión de Heidegger, el hombre es un ser dotado de libertad trascendental. Con este término, el filósofo alemán quiere señalar la apertura que el hombre tiene frente al mundo, o dicho de otro modo, la falta radical de todo tipo de determinación. En mi opinión, aquí radica en definitiva la más seria aventura que cada uno de nosotros emprende cuando adquiere conciencia de ser hombre, la aventura de programar nuestra propia existencia. Profesor, ¿tiene algo que ver la libertad trascendental con la educabilidad? Pienso que sí. La educabilidad tiene toda su justificación de ser precisamente en esta especie de vacío con el que el hombre viene a la existencia. Quizá comprendan algo mejor ahora, desde este enfoque, lo que decíamos anteriormente. Sobre el trabajo en su doble vertiente, pues por encima de la libertad trascendental,

del trabajo destinado a la satisfacción de las necesidades biológicas, en vistas a una subsistencia, el hombre debe necesariamente emprender este segundo nivel en el que todos los esfuerzos vayan dirigidos a su cultivo personal, para así conseguir llegar a la forma de vida que él mismo se ha señalado como meta. Vistas así las cosas, debo reconocer que efectivamente resulta pobre e incompleta la definición que dábamos antes de trabajo, según la cual únicamente se consideraba trabajador al que empleara sus energías en la producción de bienes materiales. A mí también me parece mucho más completa la

definición si se incluye este segundo nivel, pues de lo contrario tendríamos que admitir paradójicamente que los maestros y profesores que se esfuerzan por hacer asimilar una serie de valores y objetivos educativos no están realizando trabajo alguno. Y lo mismo habría que decir de cualquier persona adulta que pretendiera completar las deficiencias que le impone una profesión excesivamente especializada. En el mundo de las

técnica, con una formación, pongamos por ejemplo, más humanística. Creo que este segundo nivel de la actividad humana, destinado a la propia educación o a la de los demás, es con toda justicia un trabajo. Y si me apuran, el trabajo más digno en el que se pueda emplear el hombre. Por añadidura, es el trabajo que más satisfacciones nos puede dar, pues el objeto que estamos formando somos nosotros mismos y, por tanto, el acabado más o menos perfecto de la obra estará siempre frente a nosotros. O sea, que lo que usted quiere dejar como conclusión es que el trabajo, además de ser un medio de ganarse la vida, es también el único camino que conduce a la educación y a la formación humana. Efectivamente. Y desde esta perspectiva aparece ya con toda claridad esa dimensión tan específicamente humana que sitúa al hombre en una tensión característica frente a la vida, que le permite autosuperarse constantemente.

y no estancarse nunca en un estatus determinado. Porque ni la finalidad del hombre es trabajar por trabajar, o trabajar solo para vivir, ni tampoco es cierta la tesis de que el trabajo deba ser el medio que nos permita llegar a no hacer nada. Trabajo y educación son, pues, dos realidades íntimamente relacionadas y propias exclusivamente de ese ser inacabado que llamamos hombre. ¡Gracias!